



CRÓNICA SEMANAL

El primer asunto de que tenemos que dar cuenta al empezar á redactar estas crónicas, y el más importante de los sucedidos en Cuenca en esta semana —al menos para nosotros,— es el de nuestra aparición, no de noche y como dicen que se ha aparecido no sé quien á no sé cuantos, sino de día y ante el respetable público á quien saludamos.

* * *

Nuestro Ilustre Prelado, enfermo gravemente desde hace tiempo, ha dejado de existir.

Acompañamos á su familia y deudos en su justo dolor, y sentimos la pérdida que acaba de sufrir la Diócesis de San Julián.

* * *

Está visto que la primera vez que hacemos de historiadores no tenemos que relatar más que desdichas.

El sarampión, esa cruel enfermedad que con tanta furia ataca á los niños, sigue propagándose por esta población, y si no causa los estragos que son de temer, dada la extensión é intensidad que ha alcanzado, se debe al celo del ilustrado cuerpo de médicos que lo combate y al cuidado y solicitud de tanta madre que no quiere perder á el consuelo de las amarguras de su vida, que Dios les ha enviado por mediación de esos ángeles que se llaman sus hijos.

* * *

Dando un salto desde Cuenca al... Africa, nos metemos de rondón entre los boers y los ingleses, y dicho se está que detestando á los segundos, nos agrada sobremanera que los primeros los revienten.

* * *

Para cerrar estos mal escritos renglones, voy á relatarles á ustedes un diálogo que oí el otro día en uno de los casinos más concurridos.

—Oiga Ud. D. Fulano, decía un señor á otro que pasa por sabio, ¿qué le parece á Ud. eso de los conciertos de Barcelona.

—Hombre, le contestó éste, retorciéndose el bigote y dándose aires de importancia, eso es una cuestión muy compleja.

—Lo que creo—les dijo un tercero—que eso de los conciertos de Barcelona no es más que música.

JUAN DE CALANDRACA.



EN LA CALLE

—¡Olé las niñas bonitas, y la sal, y el contoneo y... ¿hace, morena, el favor, de no marciar tan ligera, que yo no soy bicicleta, ni usted automóvil de esos que ahora están de moda, y corren más que un gato con cencerro?

—Jóven: tenga la bondad de retirarse al momento, que yo no estoy para bromas ni para perder el tiempo.

—Mire usted, prenda, yo soy un hombre formal y serio que no se *quasea* nunca cuando le han llegado dentro las gracias de una mujer con unos dientes tan negros y unos piés tan chiquitines, digo, al revés.

—Bueno, bueno, ¿para cuanto tiene cuerda?

—Lo que yo, hija mía, tengo, son unas ganas atroces de que usted y yo logremos simpatizar una *miraja*. ¿Tiene usted novio?

—Ni quiero.

¿Está usted desengañada del mundo? ¿O es que el convento le tira fuerte?

—No tal;

es que tengo mucho miedo, porque están los hombres todos muy maleados.

—Lo creo;

pero yo soy muy distinto, y, en resumen, que pretendo hablar con usted, si no, ahora mismo aquí fallezco.

—Si es con buen fin...

—¿Fallecer?

—No, el hablarme.

—Un caballero,

como yo, no tiene fines de otra clase. Más, salero, ¿quiere usted que yo la lleve ese lio del pañuelo, para que no se fatigue el remonísimo cuerpo de mis ansias?

—Si es capricho...

lacayo y todo.

—Y coehero,